

La economía de John Kenneth Galbraith: Una visión personal en tres partes*

The economy of John Kenneth Galbraith: A personal vision in three parts

James K. Galbraith**

Resumen

El objetivo es hacer una lectura histórica, biográfica y analítica de las principales contribuciones de John K Galbraith, un economista de su tiempo. Se indaga acerca de las más importantes influencias que su obra fue mostrando, así como de las mayores contribuciones que su obra ha representado para la construcción de modelos de desarrollo capitalista más estables. Se sostiene que aunque no pueda situarse un espacio académico de desarrollo del pensamiento de Galbraith, ha sido muy potente su influencia en el desarrollo de países como Alemania, Japón o China. Aunque dejó de serlo en los Estados Unidos principalmente debido al ascenso del poder oligárquico financiero desde los años setenta.

Palabras Claves: John K. Galbraith, control de precios, pensamiento económico, crítica a la economía neoclásica

JEI: B25; B31; B52; E31

Abstract

The objective is to make a historical, biographical and analytical reading of the main contributions of John K Galbraith, an economist of his time. He

* Traducción del inglés al español de Eugenia Correa y Wesley Marshall.

** James K. Galbraith tiene la cátedra Lloyd M. Bentsen Jr. en Government/Business Relations en la Lyndon B. Johnson School of Public Affairs, The University of Texas at Austin. Entre sus más recientes libros están *Welcome to the Poisoned Chalice: The Destruction of Greece and the Future of Europe* and *Inequality: What Everyone Needs to Know*.

inquires about the most important influences that his work was shown, as well as the major contributions that his work has represented for the construction of more stable capitalist development models. It is argued that although an academic space for the development of Galbraith's thought can not be located, its influence on the development of countries such as Germany, Japan or China has been very powerful. Although It stops being in the United States mainly due to the rise of oligarchic financial power since the seventies.

Key Words: John K. Galbraith, price control, economic thought, critics to neoclásical economy
JEI: B25; B31; B52; E31

Introducción

Para este 10º aniversario de la edición de *Ola Financiera*, ofrezco una reflexión del pensamiento económico de mi padre, John Kenneth Galbraith. Es una visión personal, mezclando reflexiones desde mi propia experiencia con él, y algunos comentarios sobre sus más importantes y duraderos trabajos. Espero que esto pueda ser útil tanto para aquellos que están ampliamente familiarizados con sus escritos, como para aquellos quienes se están introduciendo por primera vez.

Parte uno: un hombre pragmático

John Kenneth Galbraith no fue un “hombre educado”. No tenía otra lengua diferente del inglés ni muy altas matemáticas, ni conocimiento o un pequeño interés por la música. Su licenciatura fue sobre cría de animales, su doctorado en economía agrícola y su tesis sobre los patrones de gasto del gobierno municipal en California. Sus gustos literarios iban desde Trollope, Maugham y Roberson Davis, el trovador del campo de Ontario. Él tenía una decente colección de economistas clásicos de su época: Marshall, Taussig, Veblen, Schumpeter, Keynes. ¿Qué tanto los hojeó? - fuera de Marshall y Veblen -es una apuesta abierta. Ya avanzada su vida me comentó que “Schumpeter era un fraude”. Por qué dijo

eso, no lo explicó, pero sospecho que encontró los aires del hombre insoportables.

Él creció en una granja. Los caballos, el ganado y alguna maquinaria de la época era su segunda naturaleza. También lo era la economía más grande en la que la moderna agricultura del sur de Ontario estaba situada -un mundo de colectivos de mercadeo y agentes de extensión del gobierno, de autosuperación justo antes del auge del automóvil y del tractor. Su padre -mi abuelo- fungía como director de una compañía de seguros y como líder local del Partido Liberal, de manera que el arte de la política se adhirió en sus huesos. Vivían en una casa cómoda, sin extravagancias pero sólida que aún sigue en pie. Así, ese nivel de vida no correspondía con la vida de los trabajadores agrícolas.

Aprendió a escribir sobre problemas de granja para un periódico local de London, Ontario, y después para el departamento de inglés del Ontario Agricultural College en Guelph, y más tarde en Berkely mientras trabajaba en la economía de la apicultura y temas similares, temas prácticos. Fue afortunado pues en la Gran depresión la crisis de las granjas fue un tema de primera importancia. Franklin Roosevelt como Gobernador de Nueva York sabía de esos temas. Súbitamente en 1934 John Kenneth Galbraith estaba en Washington en la *Agricultural Adjustment Administration* (uno de los más importantes programas del *New Deal*, destinado a la recuperación de la agricultura), en su camino a Harvard donde se necesitaba un especialista en política agrícola. Sólo entonces sus intereses se ensancharon a los problemas de la concentración industrial, el desempleo masivo -que en última instancia le condujo por un año en la Universidad de Cambridge, donde leyó a John Maynard Keynes, pero no lo conoció, y se hizo amigo de los residentes internos (Nicholas Kaldor, Joan Robinson) sin dejar huella perceptible en su pensamiento. En ese momento se había casado con una lingüista consumada y con ella viajó por Europa

continental, especialmente a Alemania e Italia, viendo el ascenso del fascismo de primera mano. No escapó de su vista la aparente recuperación de la Alemania de Hitler.

Regresando a Harvard en 1938, él estuvo entre los “jóvenes turcos” buscando traer la economía moderna de Keynes y así quedo relacionado en el fermento radical a la más seria y autoimportante institución. Se levantó al lado de Alan Sweezy (el hermano mayor de Paul Sweezy) que fue purgado por su radicalismo del Departamento de Economía; su postura le costó cualquier perspectiva de promoción, pero se reubicó en Princeton, que por cierto detestaba. Entonces, a la primera oportunidad regresó al trabajo práctico, primero en la *National Defense Advisory Commission* (Comisión Supervisora de la Defensa Nacional) localizando plantas de municiones para la próxima guerra -algo que aprendí solamente 33 años más tarde, haciendo la investigación para una tesis de licenciatura en la biblioteca de la Armada en el Pentagono. En ello su experiencia en agricultura fue de nuevo relevante; los explosivos están hechos de fertilizantes; las plantas fueron diseñadas para su uso civil después de la guerra.

Más tarde, vino su nombramiento de subdirector de precios en la Office of Price Administration and Civilian Supply (Oficina de control de precios y suministro de bienes de uso civil) un cargo con el control efectivo sobre toda la economía de los Estados Unidos. Tenía 33 años y había sido ciudadano estadounidense por tres años. El domingo siguiente de Pearl Harbor hubo una reunión sobre los suministros de guerra críticos; según la memoria familiar, pasaron la lista en orden alfabético, tomando mucho tiempo llegar a la letra “r” de rubber (caucho). El caucho era esencial para toda la maquinaria, como niño de granja lo sabía y la marina japonesa estaba en Malasia. Galbraith y un abogado de la oficina de precios, David Ginsburg, dejaron la junta y redactaron un borrador para prohibir la venta de neumáticos de caucho. Ellos no tenían la autoridad para emitir la orden. Así que se la presentaron a la

Oficina de Producción de Guerra consiguiendo la aprobación necesaria sin dar sus nombres, entonces regresaron a sus propias oficinas y llamaron a los medios de comunicación. A la mañana siguiente los neumáticos de caucho no estaban disponibles para los civiles en los Estados Unidos.

El control de precios en tiempos de guerra es un ejercicio crítico de economía aplicada con dimensiones macro y micro. La clave es fomentar una psicología de estabilización tal que los consumidores mantengan la confianza en la moneda y en la deuda pública, y que no vuelen del dinero o los bonos hacia cualquier mercancía que puedan adquirir -forzando al gobierno a financiar la guerra tanto por impuestos confiscatorios como por hiperinflación. Para ello es mejor que todos los productos básicos estén racionados y que muchos productos durables, como los coches nuevos, no estén disponibles por completo -de manera que los precios no se conviertan en un tema de incertidumbre, ansiedad o temor. Keynes había imaginado en *How to Pay for the War* [Cómo pagar la Guerra] que el tema podía ser manejado casi completamente con medidas macroeconómicas, lo que él llamó “ahorro forzoso”, mientras que Galbraith creía, al principio, en el control selectivo de precios. Los eventos le cambiaron su pensamiento; en mayo de 1942 llegó la Regulación General de Precio Máximo, imponiendo controles exhaustivos, mismos que, con modificaciones, se llevaron a cabo durante la guerra. Una vez le pregunte a mi padre cómo encontró 17 mil funcionarios públicos para este trabajo, y él respondió “las universidades de agricultura”. Yo contraté a todos los profesores de economía.” Keynes visitó la Oficina de Precios (OPA) en 1942, su interés fue discutir el ciclo maíz-puerco, o como él lo expresó, "maíz y puercos".

En algún modo u otro, gran parte de lo que se volvió el movimiento político liberal de la postguerra en los Estados Unidos

pasó a través de la OPA -por no mencionar a Jessica Mitford, la colorida y entretenida comunista cuyas memorias se titulan “*A fine Old Conflict*”. La economía conservadora en la post-guerra se dedicó a borrar de la memoria el éxito de la política de control de la inflación durante la guerra, para establecer "mercados libres" y "precios libres" como mecanismos de ajuste y equilibrio, así como sinónimos de la libertad misma. El efecto de esto sobre la estabilidad monetaria y de gobierno se ilustró muy vívidamente en la década de 1990 en Rusia. En China, en contraste como lo muestra Isabella Weber en su nueva disertación en Cambridge, los economistas de la reforma siguieron la práctica tradicional de estabilización de precios, y también leyeron y estudiaron la experiencia de los Estados Unidos bajo los controles de Galbraith, que escribió en un libro *La Teoría de Control de Precios*, en 1952.

Después de 18 meses, con la batalla de Stalingrado, el resultado de la guerra no estaba en duda, las políticas de control de precios lo derrotaron y volvió a su vida privada. Deprimido, trató de enlistarse, sin embargo debido a su gran altura -dos metros- era inelegible para el ejército. Henry Luce, editor de la revista *Fortune*, le dio un salvavidas en aquel entonces la joya de la corona de *Time-Life* y una ventana al sistema financiero y corporativo estadounidense, que nadie que mirara con cuidado, confundiría con el “libre mercado”. Luce diría más tarde que “Yo enseñe a Ken Galbraith como escribir y me he arrependido de ello desde entonces.” Para mi padre, *Fortune* abre los caminos que le llevarían, veinte años más tarde, al libro *The New Industrial State* [El Nuevo Estado Industrial].

En 1945, una tarea práctica adicional le fue encomendada: dirigir un estudio independiente de los efectos económicos del bombardeo estratégico en Alemania y Japón, el Estudio sobre el Bombardeo Estratégico de los Estados Unidos (USSBS, por sus siglas en inglés). Para este propósito, mi padre reunió uno de los grupos de economistas más eclécticos juntos en un equipo: Nicholas Kaldor

(asistido por Kari Polanyi, hija de Karl, que ahora tiene 95 años y sigue activa y fuerte), EF Schumacher (posterior autor de *Small is Beautiful*; cuando apareció en Alemania con uniforme estadounidense, sus padres no lo recibieron), EF Denison (más tarde en Brookings) y Paul Baran, a quien mi padre describió como el peor soldado en la historia del Ejército: “nunca se metió su camisa, nunca lustró sus botas y nunca saludó a un oficial a menos que estuviera junto a un urinario”. Según una historia familiar, Piero Sraffa también estaba en el Grupo pero no tengo un registro escrito de su nombre.

El Estudio mostró que los bombardeos habían producido una reorganización de la producción industrial alemana y una mayor intensificación de su enfoque en el material de guerra, liberando a los trabajadores de las tareas civiles al paso que las viviendas y fábricas eran destruidas. Pero no logró destruir las máquinas-herramientas ni interceptar líneas ferroviarias; las tormentas de fuego de Hamburgo y Dresden fueron ataques terroristas, principalmente efectivos contra civiles; la destrucción de Dresden sirvió también como un mensaje para el Ejército Rojo, que se acercaba desde el Este, y la innecesaria barbarie de todo esto persiguió a mi padre, no de manera seria sino cuando surgía el tema, hasta el fin de su vida. Desde Berlín, en 1945, mi padre escribió a su casa que los soldados soviéticos eran limpios y disciplinados, aunque parecían haber querido, cada uno de ellos, defecar en las oficinas de Hitler, pero el guardia a la entrada del búnker del Führer era, lamentablemente, incorruptible. Sobre el bombardeo atómico de Hiroshima y Nagasaki, el USSBS es enfático: Japón se habría rendido sin una invasión e incluso si las bombas no se hubieran tirado. Así, el estudio tenía una visión adversa a la visión de los militares sobre la efectividad de la estrategia de bombardeos y no cayó bien, y fue a una útil lección de los costos de decir la verdad.

En Harvard los amigos de las Fuerzas Aéreas del Ejército de los Estados Unidos (posteriormente Fuerza Aérea) estuvieron cerca de bloquear el regreso y la promoción a profesor definitivo de mi padre en 1948; se necesitó la amenaza de renuncia del Presidente Conant para lograrlo. Un empático coronel de la Fuerza Aerea subrayó, “el problema contigo Ken, es que tu eres demasiado honesto.” Él continuaría mostrando esa honestidad, y una claridad básica de mente durante sus diversos compromisos políticos. Entre ellos, incluyo el borrador del discurso de la esperanza dado por el Secretario de Estado James Byrnes en Stuttgart en 1946, estableciendo los parámetros para regresar el gobierno a Alemania Occidental, trabajando sobre el Plan Marshall. Mi padre resistió y sobrevivió refutando las preguntas sobre sus lealdades en la era de McCarthy; se conoció décadas más tarde que él tenía un largo expediente en el FBI. En los años sesenta, su experiencia en USSBS, le proporcionó elementos para su oposición al bombo de Vietnam.

Así, como lo he presentado como un hombre práctico, su formación académica fue, en comparación, ecléctica, en gran medida incidental y, se podría argumentar, insustancial. Esto demostró ser una gran ventaja para mantener su cabeza clara y abierta, sin las “confusiones por tonterías” como Keynes lo había expresado en 1929. Para fines de los años 1940s y 1950s sus intereses de lectura se centraban en Teorías de la Organización y la Administración, como James Burnham, Herbert Simon, Adolf A. Berle y Gardiner Means. Mantenía estrechas relaciones con economistas prácticos como Nicholas Kaldor y Thomas Balogh en el Reino Unido, Gunnar Myrdal en Suecia, más distantemente con Shigeto Tsuru en Japón y con Stanislav Menshikov en la Unión Soviética. En Harvard su más cercano amigo entre los economistas era el ruso eminentemente práctico Wassily Leontief. Como una celebridad en ascenso en los 1950s, cultivó una relación de amistoso combate con Milton Friedman (y más tarde con William

F. Buckley Jr.); en la política durante los años republicanos de los 1950s mantuvo estrechas relaciones con su alumno de Harvard de 1935, el entonces Congresista y después Senador, John F. Kennedy, y con su vecino en Virginia en 1940 por entonces Senador líder de la mayoría, Lyndon Johnson. En la campaña de 1960 después de un debacle menor el Senador Kennedy en un momento declaró su papel: “Ken, no quiero oír acerca de la política agrícola a nadie más que a ti. Y no quiero oír de ti acerca de ella tampoco.” Entre los mexicanos, su más cercano amigo era el poeta y diplomático, que conoció en la India a principios de la década de 1960s: Octavio Paz.

A diferencia de Keynes, él no hizo una “larga lucha para escapar”. Su independencia de los dogmas de los libros de texto fue completa desde el inicio y sus éxitos literarios -*American Capitalism, The Great Crash, The Affluent Society*- lo llevaron a una audiencia sin rival de otros colegas. No solamente en la el occidente industrial y democrático, sino también en el Japón en ascenso y en la India fabiana y en el periodo de reforma de Khrushchev en la Unión Soviética, incluso (aunque no lo sabíamos en ese momento) en la China maoísta. En los Estados Unidos, se leía tan ampliamente que Milton Friedman lo convirtió en un objeto de ataque (*Capitalism and Freedom* [Capitalismo y Libertad]) y luego de emulación *Free to Choose* [Libertad de Elegir] que fue la respuesta de Friedman a la serie hecha por Galbraith en la BBC en 1977, *The Age of Uncertainty* [La edad de la incertidumbre]. Economistas tomaron medidas para asegurarse de que nadie como él pudiera venir de nuevo. En esto, triunfaron brillantemente. Una persona práctica como mi padre planteaba una amenaza letal para el pensamiento impráctico.

Parte dos: El economista que definió su época

Mi padre acrecentó su fama global a través de cuatro libros publicados entre 1952 y 1967: *American Capitalism*, *The Great Crash 1929*, *The Affluent Society*, [El Capitalismo Americano, La Gran Crisis 1929, La Sociedad Opulenta] y, después de un intervalo de cerca de una década, *The New Industrial State* [El Nuevo Estado Industrial]. Otros libros aparecieron durante estos quince años, incluyendo un ensayo técnico sobre el control de precios (*The Theory of Price Control* [La Teoría del Control de Precios]), una colección de ensayos (*The Liberal Hour* [La hora Liberal]), una revista (*Ambassador's Journal* [El diario del Embajador]), una memoria (*The Scotch* [El Escocés]) y dos trabajos de ficción sátira (*The McLandress Dimension* [La Dimensión McLandress] y *The Triumph* [El Triunfo]). Además esos años fueron el periodo más importante de compromisos políticos, incluyendo dos años de servicio diplomático en la India, en el Consejo de Política Democrática de los años 1950s a través de *New Frontier* [Nueva Frontera] y el diseño de los programas Guerra contra la Pobreza y Gran Sociedad, culminando con su liderazgo en *Americans for Democratic Action Negotiations Now* [Americanos por la Acción Democrática Negociaciones Ahora] y el amplio movimiento contra la Guerra de Vietnam, que llevaron finalmente a la campaña presidencial de Eugene McCarthy. Un amargo final llegó en 1968, un año marcado por asesinatos, disturbios policiales en la Convención Nacional Demócrata en Chicago en agosto de 1968 y la elección de Richard Nixon en noviembre. Entonces inició la extraña muerte del liberalismo Americano y la profunda reacción de los siguientes 38 años de vida.

El prólogo de apertura a la segunda edición del *Capitalismo Americano* plantea una calificación: que su trabajo “no parecería relevante si se viera desde los escombros radioactivos que quedarían después de una guerra, incluso victoriosa”. Él no estuvo a favor de “la extinción repentina, masiva y a muy alta

temperatura.” Sin embargo, la idea de esta posibilidad nunca estuvo muy lejos de su mente, y se la replantearía en la última palabra de su último libro en 2004 *The Economics of Innocent Fraud*, [La Economía del Fraude Inocente], cuando él tenía 94 años. Dicho esto, el *American Capitalism* es un libro acerca del éxito económico -sobre el gran éxito del sistema industrial estadounidense en los años que siguieron a la Segunda guerra mundial, que fueron años de creciente prosperidad y de frutos continuos del *New Deal* y de las innovaciones sociales y políticas, incluyendo la Seguridad Social, los derechos laborales, el salario mínimo, una fuerte presencia pública en la vanguardia de la investigación industrial, especialmente en educación superior y el sistema de transporte. La ironía y el placer del libro descansa en la incomodidad que este éxito causó entre los líderes empresariales y los economistas conservadores, en los primeros debido a su arraigada visión adversa al socialismo y al Keynesianismo- o de cualquier orden social que no esté bajo su control. Ello en virtud de que el sistema estadounidense nunca debiera confundirse o reconciliarse con sus ideales del equilibrio competitivo o el mercado libre autosuficiente.

El movimiento anti-monopolio también estaba desconcertado por los eventos y las circunstancias, su enfoque claramente absurdo de una economía conducida por el rápido desarrollo de nuevas técnicas, productos, tecnologías y fuentes de energía. El poder compensatorio -“controles y equilibrios” en la esfera económica- fue la respuesta práctica y el camino entre los utópicos del libre mercado de un lado y la problemática monomanía del socialismo de Estado por el otro. El libro capturó el espíritu del momento y vendió, si la memoria me funciona, alrededor de un cuarto de millón de copias.

The Great Crash 1929 fue un proyecto de escritura en el verano de 1955 en la biblioteca de *Dartmouth*, e introdujo nuevos hilos dentro del tapiz intelectual de Galbraith. Estos hilos reaparecen periódicamente en los trabajos posteriores: en *Money, Whence It Came, Where It Went*, en *The Age of Uncertainty* and in *A Short History of Financial Euphoria*. Todos ellos trataron con las instituciones altamente inestables y las locuras cómicas del dinero y el crédito, con la susceptibilidad al ingenioso fraude de los mercados de capital y con la pomposa autoestima de los caballeros poderosamente autoinflados que querían gobernar, sobre la Creación, desde Park Avenue y Wall Street. *The Great Crash 1929* contó una historia eterna a través de la viñeta de un solo episodio, memoria viva en 1955, en gran parte sacada de los periódicos de ese momento. Nuevamente, ajustó a los economistas, para quienes los eventos financieros nunca fueron la causa, sino que solo podían reflejar, fenómenos "reales" más profundos. Con mucho este libro fue el más vendido de los libros de mi padre. *The Great Crash* nunca se ha agotado, solo unos meses a principios de 1987; se recuperó rápidamente cuando el mercado de valores cayó en un tercio el 19 de octubre de ese año. Recuerdo haber llamado a mi padre esa tarde; fue difícil de encontrarle, pero cuando lo hice, sus palabras fueron tranquilizadoras: "No te preocupes. Llevo tres semanas en efectivo." En 2003, conocí a Fidel Castro en una conferencia en La Habana; sus primeras palabras para mí fueron: "*The Great Crash!* ¡Mi libro favorito! Tengo una copia en mi mesa de noche". Sólo en 2009 vendió más de 50,000 copias.

Llegamos ahora a *The Affluent Society* -un libro dedicado en parte a mi- y del trabajo de mi padre, el libro que marca más decisivamente su lugar en la historia del pensamiento económico y en la literatura de mediados del siglo veinte. Es aquí donde aparece primero la frase "visión convencional"; es aquí que se define la "secuencia revisada" y el "problema del equilibrio social"; es aquí donde leemos la "opulencia privada" y la "miseria pública". Como señaló Amartya Sen en el funeral de mi padre medio siglo después

de publicado este libro, fue como “leer a Shakespeare: ¡lleno de citas!”. Pero la fortaleza y la importancia del libro se encuentra en su parte frontal, pues atacó al núcleo de la economía neoclásica y establece una agenda progresista para las próximas décadas. No fue accidental, como aprendí años más tarde, que el Reverendo Martin Luther King Jr mientras daba una conferencia conmemorativa en honor de los abogados de los derechos civiles Clifford y Virginia Durr en Montgomery, Alabama, llevara dos libros con él mientras redactaba la *Letter from the Birmingham Jail* [Carta de la Carcel de Birmingham]: era una biblia y el otro era *The Affluent Society*. Tampoco fue una casualidad que una década más tarde, tres economistas Griegos profesores encarcelados por la junta fascista escogieran este libro -sin duda entre otros- para forrarles con palos de fosforo y laca usados. Tengo una copia inscrita en mi biblioteca.

The Affluent Society es sin duda la más accesible y más ampliamente leída crítica general a la economía neoclásica jamás escrita y también es una de las más profundas. *The Affluent Society* se separa de la proposición central de la economía convencional que es la escasez y, por lo tanto, de los supuestos fundamentales de la maximización de la utilidad en el consumo y la maximización de la rentabilidad en la conducta de la empresa comercial. A diferencia de las teorías de la competencia imperfecta de Joan Robinson y Edward Chamberlin, introducidas en la década de 1930, *The Affluent Society* no es simplemente una desviación de la antigua dicotomía entre competencia pura y monopolio puro. No tiene "competencia perfecta" como el caso adecuado o ideal; la tarea de la política, por lo tanto, no es tratar de aproximarse a ese supuesto ideal. La política antimonopolio, la herramienta favorita de quienes sostienen ese punto de vista, carece de importancia. Por ello, a diferencia de la *Teoría General* de Keynes, es un libro para economistas y en gran medida malinterpretado por ellos, no existe

un mundo de pleno empleo, en el cual el mercado competitivo se desarrolla sólo como un caso especial. Por lo tanto, en *The Affluent Society* no hay margen para la "síntesis neoclásica" cuya consecuencia práctica fue durante décadas la división de la instrucción en "macro" y "micro", campos distintos y desconectados, separados por el bendito olvido de las vacaciones de Navidad. Galbraith describió el mundo tal como es pero, mientras que para Schumpeter la tarea era sólo para aceptarlo como tal y hacer lo mejor que pueda hacerse; en *The Affluent Society*, las tareas de definir y enfrentar los problemas no se pueden escapar o evadir.

El punto de partida de Galbraith es seguramente Veblen y su caracterización del hombre económico de 1898:

La concepción hedonista el hombre es que rápidamente calcula los placeres y las penas, que oscila como un globo homogéneo de deseo de felicidad bajo el impulso de estímulos que lo mueven por todos lados, pero que lo deja intacto. El hombre no tiene antecedentes y tampoco consecuencias. Está aislado, es un dato humano en equilibrio estable, excepto por las fuerzas de choque que lo desplazan en una dirección u otra. Autoequilibrado en el espacio elemental, gira simétricamente sobre su propio eje espiritual hasta que el paralelogramo de fuerzas lo aplasta, y luego sigue la línea resultante. Cuando la fuerza de impacto se detiene, él descansa, un globo de deseo autocontenido como antes.

Esta hipotética persona, obsesionada por la comodidad, asocial, unidimensional, insaciable, "racional" pero de una manera en la cual cualquier psicólogo competente podría calificar como insana, forma el soporte principal de la visión neoclásica, la base de su teoría del valor y también de su teoría del mercado y de los

precios. Es una pura expresión de su credo religioso, sin paralelo en alguna ciencia de la vida, una pseudo-física de partículas impregnadas de voluntad, que recuerda a Veblen en el mismo ensayo de "Cuando la Naturaleza Aborrece el Vacío". Tomando prestada una frase de Keynes, esto no sólo es una tontería, sino que también suena como una tontería para cualquier persona ordinaria sin instrucción pero dispuesta a examinar el asunto con una mente fresca y abierta.

Para el economista neoclásico, como lo expresó Galbraith, "los deseos se originan en la personalidad del consumidor". Toda política económica, a su vez, está orientada hacia la producción máxima, y esto se justifica por la urgencia de los deseos originales e insaciables. Galbraith escribió: "Como si se tratara de que un hombre al levantarse cada mañana fuera asaltado por demonios que le inculcaban una pasión a veces por las camisas de seda, a veces por los utensilios de cocina, a veces por las bacinicas, a veces por el calabacín, habría razones para aplaudir el esfuerzo por encontrar los bienes, por extraños que sean, para saciar estas pasiones." Pero no es así si la producción "solo llena un vacío que ella misma ha creado". En ese caso, uno "podría preguntarse si la solución está con más bienes o con menos demonios."

Con un interés-directo en la producción, el capitalismo corporativo se asemeja al socialismo de Estado pero ahora la diferencia crítica se puntualiza. El socialismo de Estado definió y generalmente cubrió las *necesidades* básicas -alimentos, ropa y techo- de acuerdo con los patrones establecidos por los planificadores interesados (en principio) en la eficiencia insumo-producto. Ellos no eran particularmente expertos en la gestión de la fuerza de trabajo, en las redes de distribución, y no estaban interesados en el diseño de nuevos productos. Arte, arquitectura, música y cine no estaban subordinados al mundo comercial. El capitalismo

corporativo reconoció la necesidad precedente de enmarcar los *deseos*, de diseñar los productos alrededor de los deseos pudieran formarse, de activar el impulso a la emulación, y de construir un relativamente estrecho sistema productivo, concentrado y efectivo -la corporación en si misma- la cual, aunque necesariamente grande e integrada, no enfrentó a la tarea ciclópea de organizar la producción a escala nacional o de balancear cada necesidad una contra otra.

Una corporación exitosa necesita solamente crecer al mismo ritmo de todas las otras. Una corporación hiper-exitosa puede crecer a un ritmo más rápido, pero solamente por un tiempo. Con algunas unidades descentralizadas que se concentran en segmentos industriales específicos y se coordinan con el crecimiento de toda la demanda efectiva, los problemas de crear y satisfacer las necesidades inducidas se resuelven de manera sólida.

Pero es una forma que expone al vacío todo el sistema social, que agrava en lugar de resolver las desigualdades y jerarquías, que es profundamente antidemocrática, predatoria e incluso totalitaria en la represión contra quienes abogan por algún otro sistema. Henry Ford dijo que el modelo T podría tener cualquier color siempre y cuando éste fuera negro. La democracia estadounidense tolera cualquier sistema social en tanto que sea capitalista. Pero es un sistema que prospera solamente cuando los recursos son baratos, la desigualdad tolerable y cuando los costos ambientales pueden ser descuidados con seguridad.

El atractivo de *The Affluent Society* para el espíritu crítico de la década de los años 1960s consistió en proporcionar una demolición definitiva de los principales esfuerzos del siglo XX para disfrazar el capitalismo corporativo como un sistema de “mercados libres” con “consumidores soberanos”. Expuso la microeconomía universal como ridícula, y lo hizo sin recurrir a la polémica marxista, al análisis de clase o al materialismo dialéctico. El

enfoque de mi padre siempre fue respetuoso hacia Marx, tampoco fue deferente, por ejemplo escribe: "...si Marx hubiera estado completamente equivocado, no habría sido influyente". Supongo que esa actitud jugó un papel para que no publicaran *The Affluent Society* en idioma ruso hasta ese momento. Sin embargo, las demás obras de Galbraith se publicaron en la Unión Soviética y se leyeron bastante. En Estados Unidos, la corriente principal de la economía radical consistió principalmente en marxistas que mantuvieron un diálogo metodológico con los neoclásicos y debieron su sobrevivencia académica a la necesidad de estos últimos de tener un contraste. Estos radicales tendieron a mantener una distancia cautelosa, aunque respetuosa de Galbraith. Después de todo era un *New Dealer*, un liberal keynesiano, un asesor y amigo de Kennedy y Johnson, y una amenaza intelectual tanto para los radicales como para los neoclásicos. Aunque en las disputas académicas sobre las decisiones de contratación en economía, él estaría del lado de los radicales, nunca hubo un empuje radical por crear un espacio permanente para los discípulos de Galbraith en la economía académica, y tal espacio no existe ni ha existido.

Mi padre escribió que *The Affluent Society* era una ventana; *The New Industrial State* era una casa. *The New Industrial State* se redactó a finales de la década de los 1950s, se almacenó en una bóveda de un banco durante los años de Kennedy que pasamos en la India y se publicó en 1967, en medio de *The Good Society*, la guerra contra la pobreza y la guerra de Vietnam. Posiblemente, fue el año del más alto poder corporativo estadounidense, de la arrogancia militar, de la prosperidad de la posguerra y del progreso social. También fue un momento en que el *American Way* tuvo su máxima reputación en el mundo, como modelo y como amenaza. *Le Défi Américain*, de Jean-Jacques Serban-Schrieber, expresó el ambivalente estado de ánimo: los *Yankees* tenían una forma corporativa superior y esa iba a asumir el control en Europa.

Para la economía, *The New Industrial State* fue un momento definitorio. Expresó el imperativo de poner a la organización en un plano por arriba de los mercados, ya que era una organización despiadada, eficiente y de gran escala, y la única organización que permite la división de tareas requeridas para la aplicación profunda de la tecnología. Los largos plazos de entrega requeridos para el producto, el diseño, la gestión de la demanda específica, de modo que las ventas puedan garantizarse y renovarse, y la gestión de la demanda agregada para que los planes de inversión y sus productos puedan coordinarse. En general, la organización permite el control integral de un Sistema de Planificación, de los planes corporativos alrededor de los cuales giran las órbitas de las pequeñas y medianas empresas. Para aquellos que continuaron insistiendo en estas últimas como el tipo ideal, mi padre expresó un desprecio divertido: "Es como la persona que se propone estudiar en los edificios de Manhattan bajo el supuesto de que todos son iguales, tendrá dificultades para pasar de las sobrevivientes casas de color marrón a los rascacielos. Y se perjudicará a sí mismo aún más si imagina que todos los edificios deberían ser como casas de color marrón y tener muros de carga y que los otros rascacielos son anormales".

The New Industrial State describió a la economía estadounidense - junto con sus estructuras de poder, como fuerzas atenuantes y compensatorias, también su gobierno y el complejo militar-industrial-, tal como era. El análisis no está en equilibrio hostil; no es Baran y Sweezy ni Bowles y Gintis. Para Galbraith, el sistema tenía ventajas y desventajas, fallas y desafíos, pero las alternativas disponibles no incluían la utopía lograda a bajo costo social. Siempre el hombre práctico, al realismo de Galbraith en el análisis presagiaba la resolución realista de problemas. Nunca creyó en el día en que todos los problemas se resolvieran, cuando (como escribió Irving Fisher en 1929) las acciones alcanzaran un nivel permanentemente alto, o cuando (como Robert Lucas escribió a

principios de la década de 2000) los problemas económicos de la recesión y el riesgo de la depresión desaparezcan. Era suficiente trabajar hacia la "buena", aún si no fuera necesariamente la "Gran" sociedad; *The Good Society* serviría como título para su posterior libro. Con este fin, todas las medidas prácticas podrían ser desplegadas. Incluyendo aquellas con las que el hombre práctico tenía experiencia práctica, la regulación estabilizadora de precios y salarios.

Como he mencionado anteriormente, gran parte del éxito de la transición china se puede atribuir a una comprensión galbraithiana de la macroeconomía, específicamente la inflación y, en general, el fomento de la confianza o la destrucción de la confianza: el papel de los precios específicos, sobre todo los que, a diferencia de los índices de precios generales, los consumidores ordinarios pueden observar. Entre estos en China, el precio del arroz, el pan y el aceite de cocina son claves; en los Estados Unidos el precio del gas y la tasa de interés. Por lo general, estos se ajustan al aumentar, solo raramente al caer, y cuando lo hacen, tiende a ser un presagio de la depresión, ya que las consecuencias recaen en primer lugar en los productores cuyos costos están hundidos. Las alzas de precios, cuando son lo suficientemente rápidas para ser perceptibles, provocan corridas, especulaciones, acaparamiento y otras conductas disruptivas y antisociales. También dificultan a los gobiernos vender deuda, especialmente a largo plazo. Todo esto era obvio para los chinos. En la economía estadounidense, donde el mecanismo del precio se deja al mercado libre y la tasa de inflación a la gentil merced del banco central, no fue evidente en absoluto. O bien debería decirse que el punto se ocultó voluntariamente, como lo sería nuevamente en Rusia en 1992, ya que los economistas y la economía estadounidenses se importaban al por mayor. Para mi padre, la necesidad de estabilización de precios específicos era su segunda naturaleza. Y cuando el 15 de

agosto de 1971, el presidente Richard Nixon impuso el control de precios, el *Washington Post* lo llamó por su comentario. Él respondió: "Me siento como un caminante de la calle a quien le acaban de decir, no solo que su profesión es legal, sino la más alta forma de servicio municipal".

No es fácil, después de 50 años, reconstruir, sin exagerar, el efecto de *The New Industrial State* en la cultura política estadounidense y su amenaza a la economía establecida. Fue en ese momento el gran libro del economista más leído desde la muerte de Marx, hablando desde una posición privilegiada en la cima del prestigio académico en el país más poderoso del momento. En un universo alternativo, la profesión de la economía podría simplemente haberse plegado y seguido a Galbraith hasta el desarrollo de una nueva economía adaptada al mundo de las grandes organizaciones. Tal vez podría haber enfrentado su desafío con la innovación de acuerdo con las líneas schumpeterianas, aceptando la realidad de las grandes instituciones y reconociendo sus problemas, pero rechazando las herramientas para abordarlos; ésta habría sido la respuesta fascista. O podría duplicar sus creencias fijas, y simplemente negar que exista una diferencia material entre los rascacielos y las casas de color marrón.

El último curso fue elegido. Fue acompañado por una prodigiosa pretensión de estatus de una ciencia, a comprometerse profundamente con el álgebra impenetrable y un intento consecuente de leer a Galbraith fuera de la profesión económica. Al hacerlo, la economía académica se retiró al País de Nunca Jamás, de oscuros modelos formales, reglas de política dogmática e incoherencia intelectual, detrás de la cual se escondían los cabilderos y los pagadores. El monetarismo, la economía de la oferta y luego las expectativas racionales llegaron y se fueron. Finalmente, la disciplina se cerró sobre sí misma y, en gran medida, dejó de interactuar con el mundo exterior, dejando sólo a sus representantes de segundo nivel en la vida pública para

implementar las reglas de políticas dogmáticas que están fijas en su lugar. La historia es triste y también es aburrida, y no planeo continuar en ello.

Parte tres: Galbraith en el Siglo XXI

Hasta ahora he mostrado cómo las creencias económicas de John Kenneth Galbraith estaban construidas por realidades prácticas, experiencias políticas y problemas por resolver. A veces estaban adornadas por las corrientes del pensamiento económico, pero sólo en raras ocasiones, como su encuentro con la *Teoría General* de Keynes en Cambridge en 1937, lo influenciaron directamente las construcciones académicas de la época. En cambio, Galbraith recurrió a la sociología gerencial, en Weber, en Berle y Means, en Markham y Simon, para tratar de arrastrar la economía a la era de la corporación, al sistema de planificación, al poder compensatorio y al equilibrio social

No tuvo éxito. De hecho, en el último medio siglo, la economía ha mantenido un disciplinado cordón sanitario en torno a las ideas y el trabajo de Galbraith. No es que esté aceptado al debate y rechazado; simplemente es ignorado. Y el agudo estilo de prosa y su don para la imagen y la metáfora se toman para restar valor a su bona fides como economista. Los buenos economistas se supone deben de ser aburridos y, como saben sus estudiantes, en ello si tienen un gran éxito.

Mi padre era a la vez una criatura y un arquitecto de su tiempo. Jugó un pequeño papel en el *New Deal*, uno importante en la Segunda Guerra Mundial; participó en la recuperación de la posguerra de Alemania y Japón, escribiendo el "Discurso de la Esperanza" pronunciado en Stuttgart por el Secretario de Estado James Byrnes en 1946, y asesoró sobre el Plan Marshall. Sus ideas infundieron la Nueva Frontera, la Gran Sociedad y la Guerra contra

la Pobreza. Lo más importante es quizás que, a la larga, enmarcaron una crítica del poder corporativo y una agenda de nuevos desafíos: satisfacer las necesidades del público, sostener el poder compensatorio, defender el medio ambiente, liberar a las mujeres del papel asignado en el capitalismo de posguerra como gestoras del consumo de los hogares a tiempo completo.

Favoreció la descolonización, al presentar (según una historia reciente) a los representantes argelinos del FLN al senador John F. Kennedy en 1957; se opuso amargamente al ataque neocolonial y de la Guerra Fría en Cuba en 1961 y a la guerra en Vietnam, a la que se opuso como consejero de Kennedy y Johnson desde 1961 en adelante y en público desde el inicio de las grandes escaladas en 1965. Tal vez lo más importante es que conectó la vida económica al problema de la supervivencia en la era nuclear, y trabajó para vincular a los Estados Unidos y la URSS en una búsqueda común por la convivencia y la convergencia. En el otoño de 1963, Kennedy le pidió que considerara tomar la embajada de los Estados Unidos en Moscú. El propósito era terminar con la Guerra Fría, veinticinco años antes de que Reagan y Gorbachov lo logaran.

Por esas razones, el enfoque intelectual de mi padre fue por instinto y por convicción evolucionista. No era un revolucionario, ni un hombre del ciclo económico, ni era tampoco, sobre todo, un teórico del equilibrio. Escribió sobre las condiciones de su tiempo que fueron la Era de la Posguerra, de la gran corporación industrial estadounidense. Sabía que la gloria era fugaz y, de hecho, vivió lo suficiente para ver cómo se deshacía el mundo que había descrito. Esto no disminuye su trabajo, no más que (digamos) el hecho de que la Unión Soviética ya no exista, no devalúa la contribución de quienes la estudiaron cuando existió. Pero para los economistas académicos de la línea dominante no son las condiciones reales lo que importa, sino la construcción de estados de equilibrio a largo

plazo; de esta manera buscan una inmortalidad intelectual no disponible para la mente evolucionista.

El costo es que, para ellos, la secuencia de la historia del mundo real es efímera; cuando condiciones específicas de este o aquel momento suceden, éstas pueden ser olvidadas. Y así fue con *The New Industrial State*, uno de los textos de economía más leídos de todos los tiempos, estaba fuera de prensa en la década de 1990 y prácticamente no estaba disponible cuando mi padre murió en 2006. Desde entonces, reapareció, sin embargo, en varias ediciones, una de ellas de Princeton University Press y otra en la serie Library of America, asegurando que seguirá estando accesible, desde este momento en adelante, para las generaciones futuras.

Examinemos entonces cómo se ve la evolución de la vida económica en los últimos cincuenta años, observandola desde el punto de partida del *New Industrial State*. Algunas de las más cruciales transiciones:

- La ruptura en 1971 del régimen monetario, estabilizador de la postguerra creado en 1944 en Bretton Woods, bajo la presión de las políticas de desestabilización de los Estados Unidos, especialmente la guerra de Vietnam, en un crecientemente desfavorable ambiente competitivo marcado por la recuperación y el crecimiento de Alemania y Japón.
- El aumento del costo de los recursos, especialmente del petróleo en los años 1970 que socavó las estructuras de costos de las empresas industriales estadounidenses, combinado con elevadas e inestables tasas de interés y periódicos recesos, que les colocan bajo presión financiera.
- El auge de los sistemas de planeación industrial con tecnologías mejor adaptadas a las nuevas condiciones, especialmente en Japón pero un poco más tarde en Corea y

- finalmente en China, cuyos bienes de consumo aumentaron los salarios reales, mientras se imponía un techo sobre los salarios monetarios en los Estados Unidos y se presionaba contra la participación de los asalariados en el ingreso total.
- La contrarrevolución financiera de 1979-1982, que aplastó a los sindicatos industriales, arruinó a las empresas para las que trabajaban, resucitó el dólar internacional y finalmente creó el mundo dominado por las finanzas en el que vivimos actualmente.
 - La reorganización de la función tecnológica en empresas altamente valuadas, directamente derivadas de la investigación y el desarrollo estatal y militar, que luego se convirtieron en depredadores o parásitos en las grandes corporaciones industriales integradas de las que una vez fueron parte.
 - La crisis de deuda mundial a principios de los 1980s, que trajo consigo el colapso del desarrollo económico mundial tal y como fue concebido en el período post-colonial, junto al colapso a mediados de los 1980s del precio de los recursos y la quiebra en 1991 de la Unión Soviética, que terminó con más de siete décadas de disciplinada competencia con un sistema alternativo.
 - El auge del estado tecno-financiero en los Estados Unidos, con una distribución de la prosperidad y el estatus del Minotauro Global en la estructura del comercio mundial, una economía de consumo privado alimentada principalmente por deudas privadas, especialmente en vivienda, pero también automóviles, tarjetas de crédito y préstamos estudiantiles, con el crecimiento como artefacto de préstamos insostenibles y corruptos.
 - La Gran Crisis Financiera de 2007-2009 y en sus secuelas, lento crecimiento mundial, baja inversión, deterioro del capital público, flagrantes aumentos en las desigualdades de la riqueza y la seguridad económica y en la desilusión, apenas mitigados por el funcionamiento continuo y efectivo

de las instituciones centrales del estado del bienestar.

Hay otros aspectos, pero esos parecen ser los esenciales.

Bretton Woods fue el soporte global del sistema hegemónico estadounidense establecido en 1945 cuando el imperio británico y el francés se desvanecieron y la guerra fría se avecinaba. Este orden se basó en la supremacía industrial estadounidense y en el dominio efectivo, o acaso el monopolio, de los suministros de oro en el “mundo libre”. Por lo tanto, Estados Unidos no podría soportar por siempre las recuperaciones de Japón y Alemania, la multinacionalización de las corporaciones estadounidenses y la caída de los Estados Unidos en permanente déficit comercial, misma que fue acelerada por la guerra de Vietnam. Solamente cuatro años después de la publicación de *The New Industrial State*, Nixon cerró la ventanilla del oro y devaluó el dólar, declarándose a sí mismo “Keynesiano en economía”, exactamente cuando la estanflación -la mezcla de inflación y desempleo antes imposible- desgastó la confianza del “keynesianismo del MIT” en su capacidad para micro-administrar la macroeconomía.

Galbraith aclamaba la imposición de controles de precios como una concesión a la necesidad práctica pero la victoria filosófica fue pírrica. Los propósitos de Nixon eran de corto plazo, políticos, cínicos y exitosos. Las crisis de los precios del petróleo en 1973 y 1979 estuvieron vinculadas a los eventos políticos -en 1973 la guerra Israel-Egipto y en 1979 la Revolución Iraní- pero estos fueron parte de una reacción a la caída del dólar, al cual se cotizó el petróleo. Esto fue experimentado en los Estados Unidos como una inflación general, provocando el despliegue de altas tasas de interés como la respuesta antinflacionaria. Ello, a su vez, redujo las existencias de capital envejecidas en la industria, dándole ventajas de costos al sistema productivo de Japón en pleno crecimiento (y

más tarde a Corea) que minimizaron los costos de transporte e inventarios en el propio proceso. El efecto fue un duro golpe contra el poder compensatorio a medida en que los sindicatos fueron decayendo, comenzando la desindustrialización en la región de los Grandes Lagos, debilitando la base política de la social democracia estadounidense, la que estaba arraigada en los trabajadores automotrices, maquinistas, trabajadores del caucho y del acero -un proceso que cuarenta y cinco años después impulsaría el ascenso de Donald Trump.

Mientras tanto, los sistemas de planeación de la competencia, especialmente los de Alemania y Japón crecieron y florecieron, con la des-militarización de la posguerra, la democracia social inspirada en el *New Deal* y el acceso asegurado a los mercados más grandes de Europa, en el caso de Alemania, y de Estados Unidos, en el caso del Japón. Ninguno de los países abandonó sus corporaciones Galbraithianas ni los poderes compensatorios que protegen a esas empresas del fraude, de la “privatización de la nomenclatura”, del saqueo y la autodestrucción. De manera que crecieron y eventualmente desplazaron a las más grandes empresas industriales estadounidenses, no solamente en los mercados de terceros países, sino dentro de Estados Unidos. El proceso pudo ser controlado hasta cierto grado con cuotas, conocido como “restricciones voluntarias de exportación”, pero sólo con el efecto perverso de trasladar a los recién llegados hacia segmentos del mercado de mayor calidad, más altos costos y segmentos de mayores ganancias, configurándolos para el dominio del mercado a medida en que crecían los ingresos.

La contrarrevolución financiera lanzada por Paul Volcker en 1979 y apoyada por Ronald Reagan cuando alcanzó la presidencia en 1981 aceleró estos cambios. Ella golpeó a las corporaciones y aplastó a los sindicatos, a su vez restauró al dólar y profundizó el déficit comercial. Se redujeron las tasas impositivas y se otorgó un poderoso incentivo a quienes controlaban las empresas para

distribuir ganancias, especialmente entre ellas mismas. Una economía de organizaciones cedió el paso a una economía de oligarcas; el poder industrial abrió el paso al poder financiero, el que a cambio fomentó una nueva ola de prosperidad del consumidor, construida sobre sistemas de producción globalizados y deudas privadas. De esta manera la prosperidad ganada por el poder financiero podía ser (y lo fue) trasladada en el poder de compra, pero sobre un base crecientemente inestable de aumento de las desigualdades en los ingresos fundamentales.

A medida en que el control cambiaba hacia las finanzas, el sector industrial se reorganizaba, separando y concentrando sus funciones tecnológicas para aprovechar la revolución digital, y no por accidente, aislar y concentrar la riqueza financiera en manos de quienes controlan las tecnologías. Ello a cambio ocasionó una reorganización espacial del país: el surgimiento de California y el Oeste, como la contraparte técnica del Este financiero, en medio con el “país de sobrevuelo”. Las industrias estadounidenses dominantes en el mundo ahora eran las más avanzadas y más estrechamente vinculadas con el ejército estadounidense, como la informática, las comunicaciones y el sector aeroespacial. Una vez más se produjo una transformación política, ya que los centros de riqueza de Estados Unidos atrajeron y fomentaron liberales sociales y progresistas libertarios, dando al Partido Demócrata, ya totalmente desconectado de las clases trabajadoras industriales, una nueva base política. La California de Reagan se convirtió en el estado demócrata más importante del país. Pero, para las corporaciones industriales de la vieja línea, la pérdida de la función técnica significó un declive relativo adicional. Apple se convertiría en una corporación de un billón de dólares por capitalización de mercado, mientras que General Electric e IBM lucharían por sobrevivir.

La contrarrevolución financiera derrocó décadas de desarrollo industrial en todo el globo, obligando a gran parte del mundo a una nueva dependencia del mercado estadounidense como la única fuente segura de autodefensa financiera y poder adquisitivo global. Se colapsaron los precios de los productos básicos y los productores socavando y eventualmente destruyendo a la Unión Soviética, mientras que el mercado estadounidense de bienes de consumo se abrió a China en crecimiento. Cuando cayó la Unión Soviética, los seguidores de Hayek, Friedman y Samuelson se entraron; los precios se descontrolaron y la producción industrial se colapsó, desatando una calamidad humana comparable en sus efectos de doctrina sobre la vida con la hambruna irlandesa o al Tratado de Versalles. Rusia tardó dos décadas en recuperarse en parte, y algunas regiones de la antigua Unión Soviética, especialmente Ucrania, no se han recuperado todavía. Pero China se mantuvo resueltamente Galbraithiana. La estabilización práctica de los precios es tan antigua como el imperio chino y (como se ha señalado anteriormente) los chinos habían leído y estudiado Galbraith sobre el control de precios. Que su influencia se extendió, me di cuenta a principios de la década de 1990 cuando fui contratado para servir como Asesor Técnico Principal de la Comisión Estatal de Planificación para la Reforma Macroeconómica y el Fortalecimiento de las Instituciones. Que el éxito de China se produjo en parte a expensas de la corporación industrial estadounidense no hace falta decirlo. Pero también se puede decir que, observando el terreno industrial del siglo XXI, las tres historias de mayor éxito: Alemania, Japón y China, junto con Austria, Corea y algunos otros, son las tres estados Galbraianos. La pregunta de si Rusia en algún momento se unirá a ellos, sigue colgando en el aire.

Mientras tanto, Estados Unidos ha avanzado. Nuestra fe está en la tecnología y las finanzas respaldadas por el poder militar, un sistema desequilibrado e inestable que depende de un dinamismo transitorio y el capricho de las deudas privadas. Ya a principios de

la década de 2000, expusimos el carácter vacío de la proyección del poder militar, en un mundo moderno donde las ventajas decisivas siempre recaen en la población indígena y la técnica defensiva. Irak y Afganistán siguen demostrando esa realidad; Siria lo está actualizando. De manera que ahora tomamos las armas financieras - aranceles y sanciones. Pero, ¿qué pueden sugerir, excepto un cambio eventual en el régimen financiero mundial? Por el momento tal cambio parece remoto. La ventaja financiera de los Estados Unidos radica en el tamaño y la estabilidad. Pero, ¿por cuánto tiempo?

Y la población estadounidense, aunque sigue siendo en gran parte estable y próspera y, se fortalece momentáneamente por el regreso al bajo costo de la energía, principalmente del gas natural, está profundamente preocupada, insegura y cada vez más enojada. El lento crecimiento por un lado, el cambio climático por el otro son desafíos intratables que se ciernen sobre nosotros. Las personas saben cuánto son prescindibles y reaccionan. Trump es la cruz que cargamos por no reconocer esto antes y por no planear evitarlo. En resumen, es precisamente el eclipse de las ideas de John Kenneth Galbraith en el país que las generó, lo que nos enseña los peligros de nuestra dirección actual.

Referencias

- Friedman, Milton, *Capitalism and Freedom*, Chicago, University of Chicago Press, 1962.
- Galbraith, John Kenneth, *A Theory of Price Control*. Cambridge: Harvard University Press, 1952
- ---, *American Capitalism: The Theory of Countervailing Power*, Cambridge: Houghton Mifflin, 1952.
- ---, *The Great Crash 1929*, Cambridge: Houghton Mifflin, 1955.
- ---, *The Affluent Society*, Cambridge: Houghton Mifflin, 1958.
- ---, *The New Industrial State*, Cambridge: Houghton Mifflin, 1967

- ---, *The McLandress Dimension* (pseudonym, Mark Epernay), London: Hamish Hamilton, 1964.
- ---, *The Scotch*, Cambridge: Houghton Mifflin, 1965.
- ---, *The Triumph*, Cambridge: Houghton Mifflin, 1968.
- ---, *The Age of Uncertainty*, Cambridge: Houghton Mifflin Harcourt, 1977.
- ---, *Money: Whence it Came, Where it Went*, Princeton: Princeton University Press, 2017.
- ---, *A Short History of Financial Euphoria*, London: Penguin Business, 1994.
- ---, *The Good Society: The Humane Agenda*, New York: Mariner Books, 2017.
- ---, *The Economics of Innocent Fraud*, Cambridge: Houghton Mifflin, 2004.
- Keynes, John Maynard, *How to Pay for the War*, London: MacMillan, 1940.
- Mitford, Jessica, *A Fine Old Conflict*, New York: Random House, Vintage, 1978.
- Schumacher, E.F., *Small is Beautiful: Economics as if People Mattered*, New York: HarperCollins, 2010.
- Serban-Schreiber, Jean-Jacques, *Le Défi Américain*, Paris: Versilio, 2014.
- United States Strategic Bombing Survey, *Summary Report (Pacific War)*, Washington: 1946.
- Weber, Isabella Maria, *China's Escape from the Big Bang: The 1980s Price Reform Debate in Historical Perspective*, PhD dissertation, Center of Development Studies, Department of Politics and International Studies, University of Cambridge. September, 2017.

Recibido 20 agosto 2018

Aceptado 30 de agosto 2018